



Pablo d'Ors

El amigo del desierto



PABLO d'ORS

El amigo del desierto

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2020

© Pablo d'Ors, 2009, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 925-2020
ISBN: 978-84-17971-78-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com);
91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Ha llegado el momento de abandonar todas las ataduras.
No cumpliré las promesas ni tendré en cuenta el decoro.
Que alguien que no entienda mi forma de pensar
me llame loco si así lo desea,
que piense que no estoy en mis cabales
y que carezco de sentimientos.
Los insultos no me molestarán,
y las alabanzas no las escucharé.

YOSHIDA KENKO

Quien no conoce el desierto, no sabe qué es el silencio.

Proverbio árabe

Todo el mundo está encauzado en lo suyo,
sólo yo permanezco obstinado y marginal.

LAO TSÉ

Para José Carlos Ventero Ferrer

«Dramatis personae»

PAVEL, *el amigo del desierto*

OTLA, *presidente de la asociación*

PANÁ PLICKOVÁ, *su esposa*

JAN

PANÁ PETRUCHOVÁ, *su esposa*

VACLAV

PANÁ BENETKOVÁ, *su esposa*

ANDREAS

LADISLAV PECHA, *el profesor*

CHARLES DE FOUCAULD, *explorador y ermitaño*

STUBEMANN, *compañero de viaje*

VLK, *muchacho*

JEHUDA SERBAL, *guía*

ANYB, *chófer*

SHASU, *niño*

Su padre

La hermana ROSA

La hermana LILA

La hermana AZUL

SUZANNE POPHERTY, *antropóloga*

JEAN-PIERRE DOLFIEUX, *geólogo*

Escenografías

Brno, vivienda de Ota y *paná* Plicková

Kroměříž, apartamento de Pavel

Praga, barrio periférico de Kačerov

El Hoggar, casa de los Amigos, en la frontera entre
Austria y la República Checa

Beni Abbès, casita alquilada con vistas al desierto

Marruecos: Tánger, hotel Tetuán; cordillera presahariana del Saghre; Macizo de Mgoun, en el alto Atlas; Erg Chebbi, campo de dunas; palmeral de Tinerhir; dunas de Merzonga; manantial de Bir Jdid; cordillera volcánica del Sirwa.

Argelia: Argel; Orán; desiertos de Batna y de Sétif; El Golea y Tínduf.

Y además: desiertos de Adrar y Oued; Namibia; El Teneré, en las montañas Ayr; ciudad de Atar, en Mauritania; poblaciones de Oued Tanget y el Agargart, zona rica en oasis y jardines; trópico de Cáncer; desierto líbico; Tombuctú.

Los Amigos del Desierto

Gracias a la contraportada de un libro supe que residía en Brno un hombre que había dedicado buena parte de su vida a viajar por muchos de los desiertos del planeta. La afición que aquel individuo había manifestado por las tierras desérticas a lo largo de su brillante trayectoria académica había comenzado como una pasión puramente teórica, pero terminó por convertirse en la única razón de su existencia. El tal Ladislao Pecha –que así se llamaba y que enseñaba en una pequeña universidad al nordeste del país– vivía para los desiertos, se desplazaba siempre que podía hasta alguno de ellos y había creado para agrupar a quienes compartían su interés una asociación llamada «Amigos del Desierto». En la contraportada de aquel libro, que cayó en mis manos por circunstancias fortuitas, figuraba la dirección electrónica de esta asociación y, naturalmente, les escribí.

¿Naturalmente? Todavía hoy ignoro qué pretendía de ellos.

Redacté un correo en términos bastante formales y, puesto que lo conservo, lo transcribo: «Al presidente de los Amigos del Desierto. Muy señor mío: He tenido noticia de la asociación que usted preside en Brno y quisiera alguna información tanto sobre sus actividades como sobre las condiciones para poder participar en ella como miembro. Cordialmente», y mi nombre.

¿Pretendía entonces, según había escrito, formar parte de aquella desconocida asociación? ¿Me interesaba realmente viajar al desierto?

Tres días después, recibí la respuesta.

«Por desgracia –comenzaba, tras el saludo inicial– carecemos de prospectos o material impreso con que poder darle cuenta de nuestras actividades. Por ello, si no tiene inconveniente en desplazarse hasta Brno, será para nosotros un honor recibirle y explicarle aquí todo lo que usted quiera saber sobre nuestro grupo.»

A esta comunicación –tan escueta como la mía– no seguía el nombre de Ladislao Pecha, sino el de un tal Ota Plícka, a quien más adelante llegaría a conocer.

Naturalmente, viajé a Brno.

¿Naturalmente? Una vez más debo formularme esta cuestión.

Conforme convenimos, el señor Plícka me recibió en la estación de tren y me llevó en coche hasta su casa, donde me presentó a su esposa o *paná*, como decimos en Chequia, mi país. Dentro de lo novedoso de la situación, hasta ese momento todo parecía normal.

Paná Plicková, que me recibió a la puerta de su vivienda con los brazos en jarras, me resultó muy agradable tanto por su aspecto físico –más bien rollizo– como por su amabilísimo trato.

–¿Se quedará a dormir? –me preguntó al poco de llegar.

Yo no había previsto esa posibilidad.

–Sí –respondí pese a todo.

Y ella me brindó entonces una encantadora sonrisa que tardé en quitarme de la cabeza.

–Su esposa... ¿pertenece a la asociación? –le pregunté a su marido en cuanto nos quedamos a solas.

Otla Plícka me había hecho tomar asiento en el mejor sofá y me había servido un té con leche muy caliente. Por mi parte, estaba sorprendido por el respeto y la deferencia con que me había tratado desde que me vio con aire despistado en el andén de la ferrovía. Yo contaba con que nos pondríamos a hablar del desierto de un momento a otro o, al menos, de la asociación que él presidía (pues el profesor Pecha ya había concluido su mandato). Otla, sin embargo, no parecía tener ninguna prisa

por darme la información que yo había ido a buscar. Durante un buen rato me habló de sus hijos, que estudiaban en la Universidad Carolina de Praga; me contó algo de su anterior matrimonio –sin que yo, obviamente, le hubiera preguntado sobre ese particular–; y me llevó del brazo a su jardín, donde me explicó las dificultades que estaba teniendo para extirpar unas malas hierbas que, al parecer, no dejaban de crecer junto a un muro. Al final, me prestó uno de sus pijamas sin dejar de sonreír; también él, como su esposa, sonreía mucho. Acto seguido, sin permitir que le diera las gracias, cerró la puerta de la habitación que me habían asignado para que pasara la noche. Pues bien, fue así como me encontré en aquella casa de Brno, en compañía de dos completos desconocidos.

Tras llamar a la puerta para pedir permiso, *paná* Plicková entró a la mañana siguiente en mi habitación con la bandeja del desayuno.

–Yo... –alcancé a decir, mientras me desperezaba con recato.

Estaba abrumado por tanta amabilidad.

Una sombra de sospecha comenzó a planear en mis pensamientos desde que tuve la bandeja con el desayuno en mis rodillas: no cabía descartar

que aquella gente quisiera algo de mí –me dije–, y miré estúpidamente hacia la ventana, como si aquella fuera –dado el caso– mi única escapatoria posible.

El aspecto de *paná* Plicková –sus carrillos sonrosados parecían hacer juego con su delantal– era aún más agradable que el de la tarde anterior. Se había sentado a los pies de mi cama con toda espontaneidad y me sonreía como si yo fuera su esposo o, al menos, un viejo amigo de la familia. Como si me hubiera estado esperando mucho tiempo y yo regresara de un largo y agotador viaje, del que debía reponerme.

–¿Quiere más? –se atrevió a preguntar al percatarse de mi apetito.

Y yo:

–¡No, no, por favor!

No podía entender lo que sucedía.

Desechado el fantasma de estar corriendo algún peligro, consideré la posibilidad de ser víctima de una equivocación. Sí, eso tenía que ser: aquel matrimonio esperaba a otro hombre en la estación de Brno y yo, por tanto, no era quien ellos suponían. Esta hipótesis explicaba las muchas atenciones que me brindaban, así como la exagerada consideración con que me habían tratado en todo momento. La idea de haber sido tomado por quien no era me llenó de pánico.

–Usted pertenece a la asociación de Amigos del Desierto, ¿no es así? –conseguí farfullar.

Tenía un nudo en la garganta.

Al escuchar aquello, *paná* Plicková se rió como lo haría una niña a quien se aplaude una gracia. Era la risa de alguien que es feliz.

–¿Por qué se ríe? –pregunté.

Pero tampoco a eso quiso responder. Se limitó a recoger la bandeja y a susurrarme que su marido me esperaba en el salón.

Los Amigos del Desierto. ¿Me presentarían ahora a los demás miembros de la asociación?

Como Plicková me había advertido, su marido estaba en el salón. Caminaba de una esquina a la otra con las manos en las axilas. En cuanto le vi, supe que algo no marchaba bien. Supuse que podía estar molesto por lo tarde que me había levantado, así que pedí disculpas; él, sin embargo, no cambió de actitud. Continuó caminando de un lado al otro con las manos bien prietas bajo las axilas y respondió a mis intervenciones sólo con monosílabos. Era evidente que estaba nervioso, pero no me atreví a preguntarle por qué.

El trayecto en su coche lo hicimos en silencio. Todavía entonces confiaba en que comenzaría a hablarme de los Amigos del Desierto de un momento a otro; después de todo, ése era el motivo por el que me había desplazado hasta Brno. En breves minu-

tos –estaba seguro– conocería al profesor Pecha y, acaso, a unos cuantos miembros de su asociación. No fue así.

Sin romper su mutismo, aquel individuo de corbata amarilla me llevó de vuelta a la estación de ferrocarril a la que había venido a recogerme la tarde anterior. No quise creer lo que estaba a punto de sucederme hasta que sus palabras me lo confirmaron.

–Tiene un tren de regreso a Kroměřiz dentro de un cuarto de hora –dijo entre dientes.

Era la primera frase completa que pronunciaba aquella mañana. Después me extendió la mano para que se la estrechase.

–¿Qué significa esto? –llegué a replicar.

Estaba perplejo. Las palabras me salían con dificultad.

–¿Qué significa esto? –repetí.

Él me estrechó la mano, que había quedado colgando.

–Tanto mi esposa como yo –dijo entonces, y me miró a los ojos sin titubear– hemos comprendido que nuestra asociación no le interesa lo más mínimo. Sea franco –añadió, cuando parecía que no iba a decir nada más–, no nos haga perder el tiempo.

Dicho esto, se caló el sombrero –demasiado grande para un hombre como él, más bien bajito– y se dirigió con paso decidido a su coche. Vi cómo

aquel hombre arrancaba y se marchaba sin darme ninguna explicación más. Quedé mudo y paralizado durante largo rato y, naturalmente, tuve que coger aquel expreso.

Durante el trayecto a Kroměříz reflexioné mucho sobre todo lo que había vivido en Brno y, una vez en casa, no pude conciliar el sueño hasta el amanecer. Vivo solo, así que nadie me trajo el desayuno al despertar; ninguna mujer se sentó a los pies de mi cama para allí reírse como lo haría una niña a quien se aplaude una gracia. De algún modo, me sentía defraudado y –¿por qué no decirlo?– herido en mi amor propio: aunque mi interés por aquella insólita asociación no fuera todavía tan ardiente como más tarde llegaría a ser, mi comportamiento con Otlá y su *paná* no había sido censurable bajo ningún punto de vista. Nada justificaba, por tanto, el enojoso desdén con que había sido tratado. ¿Por qué debía tolerar que aquel individuo de corbata amarilla me hubiera puesto sin una palabra en el tren de vuelta?

«Querido señor Plícka –escribí, mi rostro se reflejaba en la pantalla del ordenador–. Si algo de mi conducta ha podido ofenderle, le ruego que me disculpe; debo admitir que no acabo de comprender el desenlace de nuestro encuentro.»

Tardé en decidirme a escribir aquel correo, el segundo de los muchos que llegaría a intercambiar con él.

«Soy una persona normal y corriente –continuaba diciendo–, y mi interés por la asociación que usted preside es completamente sincero. Pese al desplante que recibí, para el que no encuentro posible justificación –concluía–, mi voluntad de conocer a los Amigos del Desierto sigue en pie. Más aún –y esta frase tuve que redactarla varias veces–, me sentiré muy honrado si quieren recibirme de nuevo y darme la información que les solicité. Salude de mi parte a su encantadora *paná*. Suyo», y mi nombre.

Pese a lo satisfecho que estaba con aquellas pocas frases, firmes y humildes a un tiempo, algo hubo en ellas que molestó a Ota Plícka –quien no se dignó responderme hasta pasadas tres semanas.

Tan falso sería afirmar que pasé todo aquel tiempo pensando en el extraño incidente que había vivido en Brno como que me olvidé de ello por completo. La imagen de la señora Plicková con sus carrillos sonrosados, y en particular su risa de niña traviesa, se había grabado en mi memoria. A menudo me encontraba evocando sus facciones y escuchando aquella risa suya, tan cristalina. ¿Me había enamorado? Pronto lo sabría.